

**Willingham, D. T. (2011).**

## **¿Por qué a los niños no les gusta ir a la escuela?**

**Las respuestas de un neurocientífico al funcionamiento de la mente y sus consecuencias en el aula**

Barcelona: GRAO. 190 páginas. ISBN: 978-84-9980-683-9

María de la Torre Barranco

Participante del Programa Empieza por Educar.

Alumna del Máster Universitario para la Formación del Profesorado en la UNED

### **¿CÓMO SE PUEDEN BENEFICIAR LOS DOCENTES DE LA REVOLUCIÓN DE LA CIENCIA COGNITIVA?**

En este libro, el catedrático de Psicología de la Universidad de Virginia, Daniel T. Willingham, nos presenta nueve principios del funcionamiento de la mente y nos aconseja cómo ajustar nuestra práctica de aula para maximizar el progreso del alumnado. Estos principios han sido escogidos cuidadosamente en función de criterios de utilidad y rigor: operan igual en el aula que en el laboratorio, están respaldados por una ingente cantidad de datos e impactan de forma relevante en el aprendizaje. El libro destierra mitos muy extendidos, como los estilos de aprendizaje, y toca debates candentes como el de las competencias frente a los conocimientos.

Cada capítulo comienza con una pregunta (como “¿por qué los estudiantes recuerdan todo lo que ven en televisión y olvidan todo lo que yo digo?” o “¿por qué es tan difícil que los estudiantes comprendan ideas abstractas?”) seguida de la respuesta que nos da actualmente la Psicología Cognitiva. El hilo conductor es una explicación minuciosa pero asequible del proceso de reflexión: cómo involucra a la memoria de trabajo y la memoria a largo plazo, qué papel juegan la cultura general y la práctica, y cómo se relaciona con la comprensión y retención de conceptos.

El primer capítulo despeja la pregunta plasmada en el título y nos descubre que la clave para mantener el interés de los alumnos no radica en seleccionar contenidos que despierten su curiosidad, sino en modular la dificultad de las tareas propuestas. La satisfacción resultante del esfuerzo fructífero actúa como refuerzo positivo que mantiene enganchados a nuestros alumnos.

En el segundo, se aborda el falso debate entre enseñar competencias o enseñar contenidos. Desde un punto de vista cognitivo, los conocimientos previos nos ayudan a comprender nueva información, a razonar y a memorizar. “No se puede meter nuevas ideas en la cabeza de los alumnos directamente, cada nueva idea debe construirse sobre las que ya conocen” (pág. 86).

En el capítulo tres, Willingham ahonda en los factores de los que depende que retengamos o no la información. Lo que se recuerda con más nitidez es aquello sobre lo que se ha reflexionado repetidamente. Además, la reflexión es más eficaz cuando concierne el significado y las asociaciones que suscita el concepto en cuestión. A partir de esto, el autor sugiere organizar las clases como una historia, definiendo claramente el conflicto principal al principio de la clase y desarrollando la explicación como una búsqueda de la solución, que es, en última instancia, lo que queremos que aprendan.

En el cuarto capítulo se explica por qué es tan difícil que los alumnos comprendan conceptos abstractos y sean capaces de aplicarlos en diferentes situaciones. Para ayudarles tenemos que proponer múltiples ejemplos concretos que son familiares para los alumnos y hacer explícita la relación que hay entre ellos. Así será más fácil que reconozcan el concepto en un contexto nuevo, lo que llamamos “transferencia”.

En el capítulo cinco, Willingham nos plantea la necesidad de repetición o práctica de contenidos. Obviamente, hace falta practicar para conseguir un nivel mínimo y para mejorar, pero hay razones incluso más interesantes: la primera es que la práctica mejora la eficiencia de nuestro razonamiento, mediante la automatización de procedimientos simples; la segunda es que practicar protege contra el olvido; y la tercera es que la práctica mejora la transferencia de conocimientos.

En el capítulo seis, el autor nos sorprende con otro ejemplo de fallo de cálculo bien intencionado y común. Aunque los profesores queramos que los alumnos piensen y actúen como los expertos en sus campos, como matemáticos o historiadores, esto no es realista. No podemos esperar que el alumnado cree conocimiento, ni que aprenda imitando a los expertos, pero sí que comprenda el conocimiento ya existente en profundidad. No quiere decir que abandonemos todas las actividades propias de los expertos en nuestras aulas. Un experimento, una composición musical o el análisis de un documento histórico son actividades motivadoras que animan a los alumnos a esforzarse en nuestras clases.

El capítulo siete está dedicado a revisar teorías que la comunidad educativa ha asimilado fruto de la voluntad de adaptar las clases a distintos tipos de alumnado, como los estilos de aprendizaje o las inteligencias múltiples. Desgraciadamente, hasta ahora la ciencia no ha podido demostrar que el uso del estilo preferido del alumno mejore su desempeño, ni que presentar un concepto matemático con música ayude al alumno con capacidad musical a aprender matemáticas.

El capítulo ocho aborda el tema peliagudo de las diferencias de inteligencia entre alumnos, pero el mensaje es esperanzador. La inteligencia, aunque varía de persona a persona en función de su patrimonio genético, puede evolucionar con esfuerzo continuo. Lo crucial es que nuestros alumnos interioricen esto, porque las creencias que tienen sobre la inteligencia influyen en su actitud con respecto al aprendizaje y, por tanto, en su capacidad para aprender.

El último capítulo desarrolla el concepto de “práctica deliberada” y propone herramientas para mejorar la docencia mediante el entrenamiento. La más destacada de ellas, y a la que dedica mayor espacio, es la de la retroalimentación profesional a partir de la observación entre pares.

*“¿Por qué a los alumnos no les gusta ir a la escuela?”* es un libro fácil de leer, ameno y accesible, en el que el autor invita al lector a comprobar por sí mismo cómo funciona su propia mente. Para aquellos que deseen ampliar la información, encontrarán al final de cada capítulo sugerencias de lecturas técnicas y menos técnicas, casi exclusivamente en inglés. Por suerte para los hispanohablantes, la traducción del texto principal es, en líneas generales, de calidad. De hecho, los ejemplos han sido adaptados para reflejar que la cultura general de la sociedad española es diferente de la de origen. Sin embargo, no pudo conservar el tono de cercanía del original, que transmite complicidad entre el investigador-divulgador y los docentes.

Es destacable que el autor hable de las similitudes entre el sistema cognitivo de profesores y alumnos, todos partícipes del proceso de aprendizaje. Asimismo, son interesantes sus advertencias con respecto a la observación entre pares: la necesidad de confianza entre los participantes, alineación de objetivos y formación en crítica constructiva. Por último, destacaría el hecho de que el autor intente explicar el fracaso escolar de alumnos vulnerables. En general, llegan al aula con un vocabulario y conocimientos de su entorno más limitados y por ello presentan mayores dificultades en su aprendizaje.

En conclusión, no es de extrañar que *“¿Por qué a los alumnos no les gusta ir a la escuela?”* haya alcanzado rápido la categoría de “clásico” entre las lecturas populares de educación. Es ideal para aquellos docentes que buscan recomendaciones prácticas basadas en la evidencia cognitiva y para los que, atraídos por un título algo tópico que promete una lectura entretenida, terminan deseando profundizar en el sistema cognitivo que subyace al aprendizaje.

**CÓMO CITAR:** De la Torre Barranco, M. (2023). ¿Cómo se pueden beneficiar los docentes de la revolución de la ciencia cognitiva? Reseña de Willingham, Daniel T. (2011). ¿Por qué a los niños no les gusta ir a la escuela? Graó. Revista Pensadero: Conocimiento Educativo Docente, vol. 1, p 103-105. Recuperado de <https://revistapensadero.org/>